

La Pelicula Selecta

5
25



GENOVEVA DE
BRABANTE

por Lily Marischka
y Franz Boebling

La Pelicula Selecta

Director: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

Oficinas: Pelayo, 62 - Teléfono 4128 A.

Año I	Barcelona, 7 Febrero de 1925	N.º 5
-------	------------------------------	-------

GENOVEVA DE BRABANTE

según la película del mismo título, adaptación
de la famosa leyenda germana, genialmente
interpretada por

Lilly Marischka
H. B. BLING
y Franz Boebeling

Concesionario: BERNARDO PRADES

Valencia, 222 - Barcelona

I

Sobre el peñasco que descansa en lo más alto de una montaña, en la divisoria del Rhin y del Mosela, se elevaba altivo e imponente el castillo feudal del conde Sigfredo de Trier.

Caballeroso y munificente, hombre temible en la guerra y generoso en la paz, salvó en cierta ocasión la vida al noble conde de Brabante, quien desde entonces le cobró un sincero afecto, dando su consentimiento y su bendición al enlace de su hija Genoveva con el joven conde Sigfredo.

Genoveva, ya instalada en el castillo feudal de su noble esposo, atrájose sin esfuerzo la estimación de todos sus súbditos, cuyas necesidades atendía con largueza, consolándoles en sus cuitas y velando por su prosperidad y bienestar.

La vida se deslizaba feliz y venturosa para Genoveva de Brabante y el conde Sigfredo, cuya luna de miel parecía no haber de tener menguante.

Pero un día, ya al anochecer, mientras Genoveva hilaba y cantaba, acompañada con el laúd por Sigfredo, hizo irrupción en la estancia el mayordomo del castillo, Golo, confidente y favorito del conde.

—¿Qué hay?—interrogóle Sigfredo, extrañado de su intempestiva presencia en su cámara.

—Señor: dos caballeros están en el patio, portadores de urgentes órdenes del rey. Me han entregado este edicto.

Desdobló el conde el pergamino que Golo le entregó, leyéndolo a media voz.

«Al conde Sigfredo de Trier.

»Se ordena al conde Sigfredo de Trier ponerse al frente de sus tropas, sin pérdida de tiempo, pues el moro, procedente de España, ha hecho irrupción en Francia y amenaza invadir las tierras germanas...»

Sigfredo dirigió a su bella esposa una mirada de íntima compasión y acendrado cariño.

—¡Mi pobre Genoveva!—exclamó.

Bajó seguidamente el conde, siempre cumplidor de sus deberes de hospitalidad, para aten-

der a los mensajeros del rey, a quienes hizo los más rendidos honores.

La condesa, atribulada y llorosa, tuvo que asistir a los bélicos preparativos y en su alma, anegada de tristeza, se clavó cruel el dardo de los más negros presentimientos.

—¡Es la guerra! ¡Es la guerra!

Y aquella palabra significaba para la pobre esposa todos los temores y angustias del abandono y las incertidumbres del porvenir, preñado de interrogación.

Todos los caballeros de las cercanías acudieron al castillo, que de arriba abajo resonaba con el estruendo de las armas, las pisadas de los guerreros y el metálico choque de las espuelas.

Al rayar la aurora todo estaba preparado y listo para la marcha. El conde Sigfredo, armado con cota que le cubría enteramente y con un ondeante plumaje sobre el yelmo, apareció entre los caballeros, poniéndose al frente de las tropas.

La despedida de los esposos fué por demás tierna e impresionante. Genoveva, pálida y demudada, abrazó a Sigfredo haciéndole las más extremosas recomendaciones. El conde, sobreponiéndose a su pena, procuraba consolarla con los mejores augurios de un pronto y venturoso retorno.

—¡Oh, Sigfredo! ¡Quizá no vuelvas más!—clamó la dolorida.

—¡Ten fe y esperanza, Genoveva! ¡Bajo la mano de Dios estamos y Ella nos preserva del peligro! ¡No te aflijas y queda tranquila!

Cuando la condesa se hubo repuesto un tan-

to de su amargura, recomendó su esposo:

—Si alguna vez te encuentras en peligro, envíame esta sortija por un hombre de confianza... Yo volaré en tu socorro, aunque esté en los confines del mundo.

Y sacándose un anillo de su diestra, lo colocó amoroso en un dedo de Genoveva.

—¡Golo! Mi fiel y querido amigo. A tu cuidado confío mi más preciado tesoro. Vela por ella y por el honor de mi casa.

Sonaron los clarines y al reflejo del sol naciente relucieron las espadas desenvainadas, que saludaban al caudillo.

El conde, a quien aquella escena de despedida partía el alma, picó espuelas a su corcel, que salvó brevemente el puente levadizo del cast' llo.

Genoveva, desde el torreón, seguía con la vista el desfile de la comitiva. El velo de las lágrimas ocultó a sus ojos a los que marchaban.

A su lado, Golo sonreía a sus pensamientos...

II

Desde que el conde Sigfredo partió para la guerra, Genoveva llevaba una vida tranquila y monótona. Tomaba la rueca para hilar, pasando largas horas en su trabajo, durante el que dejaba volar su pensamiento hacia el amado. Las lágrimas, como rocío bienhechor, descargaban el cielo de sus ojos, sintiendo un ignorado consuelo al verterlas, arrancadas al recuerdo del idolatrado ausente.

Aumentaron sus obras de caridad, suavizan-

do muchos dolores y enjugando muchas lágrimas con las mieles de sus consuelos y la gloria de sus sonrisas... Sus súbditos la adoraban y no se cansaban de bendecir sus bondades y su constante abnegación y desprendimiento.

Golo, el intendente del castillo, a quien Sigfredo confiara el gobierno de su casa, era un hombre ambicioso y cruel que ocultaba bajo su fina sonrisa y su aparente hombría de bien un alma cínica y depravada. Egoísta y utilitario, no sentía escrúpulo alguno en los medios que tenía que emplear para llegar al fin que ambicionaba.

Desde que Genoveva llegó al castillo, encendió su corazón en los más torpes deseos, exacerbados ahora por la soledad de la condesa, que estimaba propicia a sus incalificables anhelos.

Y comenzó a insinuar sus malvados intentos, para llegar al logro de sus propósitos.

—¡Una bella sortija!—habló una vez a Genoveva, con la perfidia de su alma ruin—. ¡Y más valiosa aun por el recuerdo de quien os la dió! Es para que tengáis siempre presentes vuestros juramentos de fidelidad ¿no es cierto? Y sin embargo... ¡quién sabe si él hará lo mismo allá lejos!

La duda que suponían las palabras de Golo, hirió profundamente a la condesa, que desde aquel instante se previno contra el procaz intendente.

Aquella noche, como de costumbre, el paje Fridolín distraía la velada de la condesa tocando el laúd, en cuyo arte era muy discreto y entendido. Oíale Genoveva complacida, pues

la música era un sedante para su atormentado espíritu.

Golo, cuyo amor a la noble esposa del conde Sigfredo iba trocándose en rencoroso despecho, humillado por los desprecios con que aquélla respondía a sus malvadas insinuaciones, quiso zaherir a Genoveva y penetrando de improviso en la estancia, ordenó imperativo al paje:

—¡Sal de aquí inmediatamente!

El pobre Fridolín, sin sospechar la causa de aquel desplante, salió precipitadamente de la cámara de la condesa, temeroso de la cólera de Golo.

Genoveva miró al intendente con mirada interrogadora.

—¡Señora!—quiso justificar el infame—. El conde me confió el honor de su casa, y juzgo incorrecto que un hombre, sea el que sea, se encuentre a horas tan avanzadas en vuestras habitaciones.

Genoveva, alarmada por la actitud de Golo, en la que adivinaba ocultas y nefastas intenciones, pensó en prevenir al conde, su esposo, de sus temores, acabando de decidirse en su determinación la explícita declaración que el desaprensivo le hiciera de su desordenado amor.

Llamó Genoveva a Fridolín y recomendóle con todas las ansias de su afligido pecho:

—Monta en el corcel más veloz, corre al campamento de Sigfredo y entrégale esta sortija... Dile que un terrible peligro me amenaza y que precisamente viene del hombre que

dejó aquí para velar por su honor: ¡No te detengas!

Entristecida Genoveva por la desagradabilísima situación en que le colocara la actitud de Golo, confió las penas de su alma a una antigua sirvienta del castillo, Margarita, que había sido nodriza de Golo, y a la que tenía por mujer de bien y muy afecta a su persona.

Vació su pecho en la que juzgaba capaz de comprenderla y aconsejarla, resumiendo sus cuitas con estas palabras:

—¿Qué debía hacer ante los asedios de ese hombre? Por eso he confiado a Fridolín la misión de enterar al conde de la ocurrencia para que tome las medidas que juzgue oportunas. Pero temo que la vida de mi paje...

—Nada temáis por él, señora. Yo le daré un brebaje que lo inmunizará contra todo peligro. Confíad en mí.

Descansada Genoveva en las afirmaciones de Margarita, abrió de nuevo su corazón a la clara luz de la esperanza.

Pero la antigua nodriza de Golo, que amaba a éste hasta el punto de prestarse muchas veces a ser instrumento de sus torcidos planes, avisó al intendente del serio peligro que le amenazaba y le brindó su ayuda y protección.

—En tus manos me encomiendo, Margarita.

—Nada temas, hijo. En lugar del brebaje prometido, yo compondré un narcótico que al beber Fridolín le hará caer como muerto ante el Cristo del bosque.

—Y ¿qué debo de hacer yo?

—Cuando parta el mensajero de la condesa, monta a caballo y síguelo. Y al verlo caer,

carga con él y deposita su cuerpo a la puerta de la habitación de Genoveva. Lo demás corre de mi cuenta...

Fridolín, momentos antes de salir para atender la misión que se le confiara, recibía las últimas recomendaciones de la condesa.

Entró Margarita, portadora de un diminuto frasco que entregó al paje, exclamando en tono confidencial:

—Este brebaje será tu talismán contra todos los peligros. Cuando llegues ante el Cristo del bosque, encomiéndate a El y bébelo. La Muerte pasará por tu lado sin rozarte...

Pocos momentos después, turbaba medrosamente el silencio de la noche el compasado galopar de dos caballos. Delante caminaba el de Fridolín. A prudente distancia le seguía el taimado Golo, que procuraba recatarse para que nadie le reconociera.

Margarita comenzó a poner en práctica sus planes de perdición de la inocente Genoveva.

Y como la servidumbre, reunida a la hora de la cena, comentase las vicisitudes de la condesa, cada día más amada del pueblo por sus constantes obras de amor al prójimo, insinuó maliciosa:

—¡Bien, bien! Pero ya sabe consolarse en su forzado abandono.

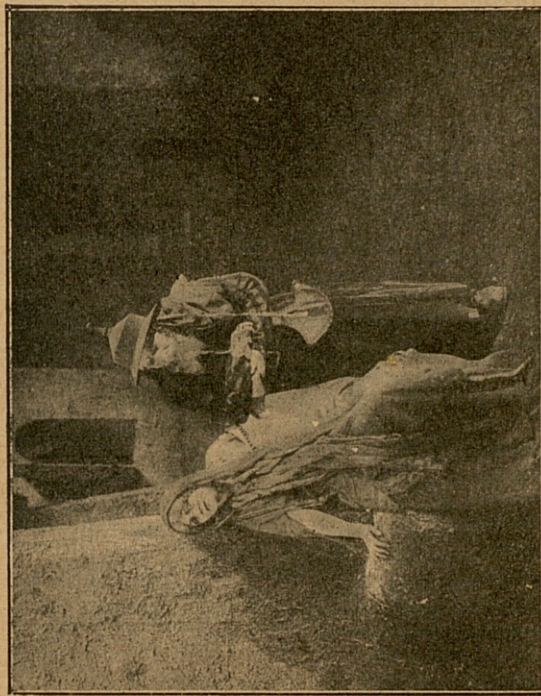
Una protesta unánime y ruidosa fué la respuesta a la odiosa calumnia que envolvían aquellas palabras.

—La condesa es la mejor de las mujeres.

—¡Y la más santa de todas!...

—¡Y la más fiel de las esposas!...

—¿Fiel, decís?—interrumpió sin inmutarse



—¿Cómo, vos por aquí, señora? ¿Qué os trae a estas horas?

la miserable—. ¡Estáis ciegos! ¿No os habéis apercebido de las intimidades y coqueleerías que gasta con Fridolín, el escudero del conde?

—¡Calla, infame!

—¡Cierra esa boca, serpiente!

—¿No me creéis?—crecióse Margarita—. ¡Pues esta misma noche os probaré la que os digo!

Al llegar Fridolín a lo más intrincado del bosque, donde un Santo Cristo abría sus brazos como prenda eterna de perdón y de amor, el paje apeóse de su caballo y postrado de niños ante la imagen elevó al cielo sus plegarias.

Destapó el frasco y apuró su contenido. Momentos después yacía profundamente dormido.

Llegóse a él Golo y con pérfida sonrisa de triunfos presentidos, acomodóle sobre su cabalgadura, repasando el camino hasta el castillo.

Con el mayor sigilo depositó a Fridolín a la puerta de la estancia de Genoveva, yendo al encuentro de Margarita.

—Ya está todo hecho, como tú me indicaste. Obra tú ahora.

La infame mujer volvió a reunirse con los criados, que comentaban desfavorablemente las malvadas insinuaciones lanzadas contra la condesa.

—Venid conmigo y os convenceréis por vuestros mismos ojos. ¡Jamás lo hubiera creído!

Todos se dirigieron a las habitaciones de Genoveva, sorprendiendo a ésta inclinada sobre Fridolín, y en aparente actitud comprometedor.

La condesa, que estaba ya a punto de acostarse, al oír ruido a la puerta de su habitación, había salido extrañada para enterarse de la causa del mismo, viendo con gran estupor el paje tendido en tierra. Con grandes esfuerzos logró depositarlo sobre su propio lecho, procurando renaimarlo y volverlo en sí.

Margarita miró a los criados con expresión de triunfo.

Golo presentóse en aquel momento y con muestras de gran indignación, clamó con voz potente:

—¿Qué es esto? ¡A mí todos! ¡Prended al miserable y aherrojadlo en el más oscuro de los calabozos.

Y dirigiéndose a Genoveva, añadió:

—¡Quedáis detenida en vuestras habitaciones hasta que el conde decida el castigo que debe imponerseos, lo mismo que a vuestro cómplice.

Y con grave continente alejóse hacia el patio.

Genoveva, trastornada por el rudo e inesperado golpe recibido en sus más caros sentimientos, quedó aturdida a la vista de la ruina del infame intendente.

Y arrojándose sobre su lecho, lloró las lágrimas más amargas de su vida.

III

Le fué imposible dormir. Los más negros presentimientos atormentaban su pobre alma, deshecha y rota por el infortunio.

Inocente y pura, como el reir de la aurora, veía caer sobre sí el oprobio de la más infame

de las calumnias. Y la congoja de un porvenir ensombrecido por la incertidumbre, anegó su pecho de la más honda tristeza.

A la mañana siguiente acudió Golo a la habitación de Genoveva, con el propósito de reducir la resistencia de la condesa. Esta al verle entrar, le habló con la dignidad de su alcurnia.

—¿Qué pensáis hacer conmigo. ¡Hablad! ¡Ningún derecho tenéis a mantenerme prisionera!

—El derecho que me delegó vuestro noble esposo al constituirme en guardián de vuestro honor.

—¿Quién se atreve a hablar de honor, mal caballero?

—Refrenad vuestro despecho, señora. Acabo de mandar dos de los más fieles servidores del conde con un mensaje para vuestro esposo. Sabrá vuestra culpa y decidirá vuestra situación. Entre tanto...

—¡Pero esto es una infamia!—sollozó Genoveva, mientras Golo le volvía la espalda, dibujándose en sus labios una odiosa sonrisa.

Aquella noche consiguió Genoveva burlar la vigilancia de sus carceleros, saliendo del castillo. Necesitaba demostrar su inocencia y sustraerse a posibles contingencias de que pudiera hacerle víctima la innoble pasión de Golo.

Y dirigióse al barrio judío, deseosa de ocultarse y preparar su marcha en busca del conde Sigfredo, su esposo. Al entrar en el caserío habitado por los hijos de Israel tuvo el encuentro de Simón Hechtlein, el judío más pres-

tigioso de la comunidad, quien la reconoció al punto.

—¿Cómo vos por aquí, señora? ¿Qué os trae a estas horas?

—Vengo huída, Simón. Me acusan de adúltera—y las mejillas de la condesa se encendían de vivísima amapola—. ¡Y juro que soy inocente! ¡Adoro y respeto a mi esposo y señor y ni en pensamiento falté nunca a mis deberes!

—¿Y quién será capaz de creer esa infamia?... Pero a estas horas no podéis ir a ninguna parte. Venid a mi casa, en la que hallaréis la más acogedora hospitalidad.

No tardó en apercibirse Golo de la desaparición de Genoveva y, loco de rabia, ordenó su persecución.

—¡Pronto, pronto! ¡La condesa ha huído! ¡Que salgan todos en su busca! Husmead hasta en el último rincón y traédmela viva o muerta! Y si alguien se ha atrevido a ocultarla, matadlo sin piedad y saquead su casa.

El mismo Golo se puso al frente de una de las partidas y recorrió todo el poblado, ebrio de coraje y de rencoroso despecho. Al llegar al barrio judío presentóse en casa de Simón Hechtlein, en cuyo hogar los más prestigiosos judíos celebraban los ritos de su religión.

Simón negó que allí se ocultara Genoveva, pero el terror que reflejaban sus facciones fué signo delator para la perspicacia de Golo.

—¿Sabes, perro judío, a lo que te expones ocultando a la adúltera? Sufrirás la muerte más horrible y tus bienes serán destruídos.

Pero el noble Hechtlein se obstinaba en su negativa.

—¡Habla, habla, o te atravieso!—dijo Golo sacando su espada.

Entonces Genoveva, deseando salvar a su protector, presentóse a su verdugo..

—¡Aquí estoy!—exclamó.

—¡Conducidla al castillo! Yo os sigo enseguida—gritó Golo con potente ira.

Y dirigiéndose a los soldados que quedaron, les señaló a Simón, diciéndoles:

—Pongo en vuestras manos al judío que violó mis órdenes. ¡Haced de él y de sus bienes lo que mejor se os antoje!

Al llegar Genoveva al castillo, encerráronla de nuevo en sus habitaciones.

Comprendiendo que no había salvación para ella, como el Señor no se compadeciera de su desdicha, puso toda su fe y su esperanza en lo alto.

Y al presentarse poco después Golo en su estancia, díjole con sereno acento:

—Puesto que los hombres no creen en mi inocencia, me entrego en manos del Altísimo. Una ordalía pido, y que Dios nos juzgue a los dos.

Golo accedió a la demanda.

—Pero no olvidéis que si la prueba os es desfavorable, seréis quemada viva, según la ley.

Pocos días después tuvo lugar el juicio de Dios, del que dependía la suerte de Genoveva.

Esta, henchida de fe cristiana, aguardaba tranquila la terrible prueba.

En cambio, Golo, cuya conciencia le grita-

ba su odioso crimen, andaba desasosegado y medroso. Fué en busca de Margarita, su antigua nodriza, a quien confió sus temores.

—Tengo miedo. Si el juicio me es adverso, estoy perdido sin remedio.

—No te apures, hijo. Confía en mí y saldrás, como siempre, triunfador. Dame tu espada y ármate de todo tu valor.

Todo estaba dispuesto en el patio del castillo para la ordalía. Genoveva, convenientemente vigilada, fué conducida al mismo.

Ante el tribunal, presentóse Golo y con voz no muy firme exclamó:

—¡Acuso a Genoveva de Brabante del crimen de adulterio!

—¿Estáis dispuesto a sostener vuestra acusación?

—Sí.

Un silencio absoluto dejó percibir hasta el latido de los corazones que con ansiedad mortal aguardaban el desenlace del imponente acontecimiento. Todos fijaron sus ojos en la condesa que, pálida, pero serena, atendía al curso del suceso.

—¿Quién es vuestro defensor, señora?

—Confío en que el Señor enviará alguno de sus ángeles en mi ayuda.

—Los ángeles no vienen a combatir a la tierra, señora. Sólo los hombres tienen aquí cabida, y puesto que ninguno se presenta a defensores, sufriréis la prueba del fuego.

—¡Vengo a luchar contra el vil acusador de Genoveva de Brabante!—se oyó una voz potente y firme.

Y Fridolín, el escudero del conde, que ha-

bía logrado escaparse del calabozo a que le arrojó la maldad de Golo, avanzó hasta su infame adversario.

Comenzó la lucha. Fridolín peleaba con denuedo y acometía a su contrario con ímpetu arrollador. Los dos sufrieron varias heridas, pero al fin cayó Golo derribado de una certera estocada.

El malvado aguardaba su castigo, cuando presentóse Margarita a la cabecera del lecho en que estaba postrado.

—¡Nada temas! El juicio se decidirá en tu favor, pues aun cuando caíste en la contienda, el defensor de Genoveva morirá.

—¿Qué dices?

—Yo envenené la punta de tu espada, y mis drogas son infalibles. ¡Fridolín morirá, no lo dudes!

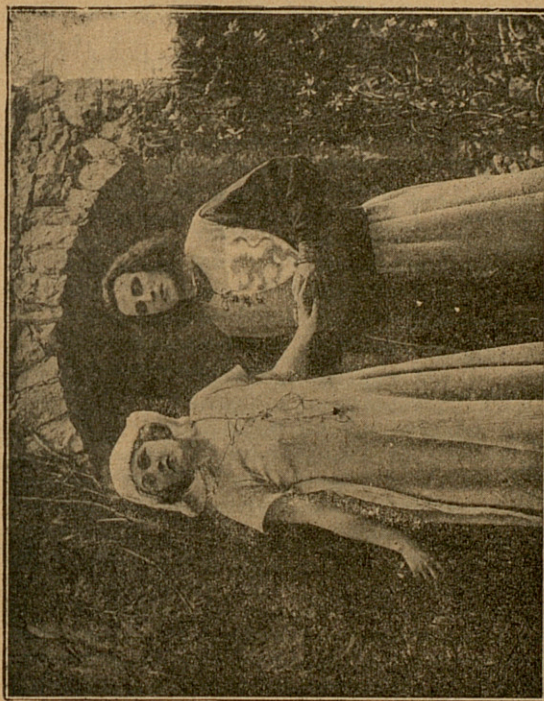
Y en efecto, unas horas después espiraba el fiel escudero, entre los más horribles sufrimientos.

El tribunal decidió el juicio en contra de la condesa, anunciándole la hoguera como castigo al crimen que se la imputaba.

Genoveva, loca de espanto, sólo esperaba su salvación de un milagro de Dios.

Golo, cuyas heridas no revestían gravedad, pensó aprovecharse del estado de ánimo en que suponía a la condesa, para llegar a conseguir sus favores, y presentándose ante ella, le insinuó:

—Vengo a salvaros. Venid conmigo. Huiremos juntos y la felicidad puede todavía sonreírnos. Decidíos. Sólo yo puedo ser vuestro salvador.



—Vengo a salvaros. Venid conmigo. Huiremos juntos y la felicidad puede todavía sonreírnos...

Genoveva rechazó con asco la propuesta de su verdugo.

—¡ Antes la muerte ! Yo jamás faltaré a la fidelidad que debo a mi esposo y señor. Sabedlo de una vez para siempre.

Irritado y exasperado por la terminante negativa, gritó Golo imperativo:

—¡ Encerrad a esa mujer en un calabozo ! Podría hacerla morir en la hoguera, pero no quiero que se me tache de cruel.

En medio de su reconcentrado furor todavía pensó que el tiempo vencería la resistencia de la obstinada...

IV

La prisión era lóbrega y fría como un sepulcro. Tenía negruzcas las paredes, el piso de tierra, la ventana alta, pequeña y defendida con gruesos barrotes de hierro.

La comida se reducía para la desventurada hija de los duques de Brabante, a pan y agua.

Genoveva se pasaba los días y las noches llorando a lágrima viva, lágrimas que escaldaron sus ojos y trazaron un surco encarnado en sus mejillas.

Arrodillada en el húmedo suelo, levantados hacia el cielo sus ojos, cruzadas las manos en actitud de súplica, sólo tenía un consuelo en su martirio: su inquebrantable fe en Dios.

Golo, creyendo que la tortura y la desesperación ablandarían a Genoveva, bajó a visitarla unos días después.

—¿ Aceptáis mi amparo y mi amor ?—escupió el infame.

—¡ Por favor, Golo !—suplicó la condesa—. Habéis ofendido a la mujer, pero compadece por lo menos a la madre. ¡ En mi ser siento agitarse el fruto del amor de Sigfredo ! ¡ Piedad ! ¡ Piedad para él !

Largos meses permaneció Genoveva en el húmedo y oscuro calabozo, atormentada por el hambre y teniendo que sufrir las odiosas visitas de su infame perseguidor, que la reiteró una y mil veces sus deshonrosas proposiciones.

Pero ni un instante desmayó su virtud ni se desmintió su admirable entereza.

Golo pasó de los ruegos a las amenazas, pero tampoco éstas hicieron mella en el ánimo de la condesa.

Un día sintió que se acercaba el instante supremo de la maternidad y con toda felicidad dió a luz un hermoso y robusto niño.

Inmensa fué la alegría de la desventurada madre cuando oyó el primer vagido de su hijo, pero profunda su pena y desesperación al considerar en qué condiciones venía al mundo aquella desdichada criatura.

—Entre sufrimientos y lágrimas has venido al mundo—decía abrazando al recién nacido—. Desdichado será tu nombre de pila y mi regazo será tu cuna...

Golo, queriendo sofocar la desatada pasión que abrasaba su pecho con ardores de endemoniado, entregábase a toda suerte de orgías y desenfrenos. Al finalizar una de las bacanales, presentáronse en el castillo los sicarios enviados con la misión cerca del conde Sigfredo,

El odioso intendente corrió en busca de su nodriza para comunicarle la para él fausta nueva.

—¿No sabes, Margarita? Los emisarios que mandé en busca de Sigfredo han regresado con la noticia de la muerte del conde... ¡Ahora seré el amo! ¿Lo oyes? ¡¡El amo!!

Pero la taimada Margarita salió al paso a su desbordada alegría.

—Sólo lo serás cuando no exista una criatura de su carne y de su sangre.

Golo quedó sumido en contradictorios pensamientos.

—Sólo muertos Genoveva y su hijo—insinuó la infame—serás tú el dueño de todo.

El demonio de la ambición tentó el alma del malvado y decidió la muerte de la madre y del hijo.

Llamó dos verdugos y ofreciéndoles una crecida recompensa, concertó el horrendo crimen.

Genoveva, paralizada por el terror, vió entrar en su prisión a dos hombres armados, de siniestro aspecto, uno de los cuales tenía en la mano una antorcha ardiendo.

—Levántate, Genoveva. Toma tu hijo contigo y síguenos.

La infeliz clamó entre sollozos:

—¡Por amor de Dios! ¿Qué queréis hacer de mí?

—No estamos ahora para perder el tiempo en explicaciones. Salid, que pronto lo sabréis.

Alzóse la condesa y vacilando fué tras ellos. Al traspasar una puerta y encontrarse en descampado, uno de los sicarios de Golo apagó

el hacha. Internáronse en el bosque. Hacía una clara noche de otoño; el cielo estaba estrellado y la luna se dirigía a su ocaso; soplaban un viento frío que al mover las ramas de los árboles producía temerosos rumores. Los hombres caminaban en silencio.

Al llegar a lo más espeso del bosque, jamás hollado por la planta de los hombres, uno de los verdugos conminó a Genoveva a que se detuviera y sacando un paño para vendar los ojos a su víctima, indicó a su compañero que se hiciera cargo del niño.

Pero Genoveva lo apretó entre sus brazos, mientras gritaba:

—¿Qué vais a hacer? ¿Intentáis asesinarlos?

—Esa orden tenemos. Con que no opongáis una inútil resistencia.

Mas la condesa sollozaba desgarradoramente diciendo:

—¿Seréis capaces de matar a esta inocente criatura? ¿A quién ha hecho mal. ¡Misericordia! ¡Tened piedad de este inocente niño!

—Yo—dijo uno de los verdugos con voz insegura—nada hago, sino lo que me han mandado. Allá Golo con su conciencia.

—¡Pero tenéis corazón para asesinar a una madre inocente y a un indefenso niño!

Los verdugos mostráronse indecisos. Al fin exclamó el que antes hablara:

—¿Para qué cargar un crimen sobre nuestra conciencia? Dejémosla aquí, hagámosla jurar que jamás saldrá de este bosque y diremos a Golo que hemos cumplido sus órdenes.

Genoveva arrodillada y puesta la mano so-

bre la cruz que pendía de su cuello, dijo con solemne acento:

—Ya que mi inocencia no ha podido probarse, ¡juro sobre esta cruz que jamás abandonaré esta selva y que nunca buscaré la sociedad de los hombres!

Cuando vió desaparecer a los verdugos, la sin ventura estrechó sobre su pecho a su hijo y empezó a recorrer el bosque en busca de un refugio. Alzó una ferviente plegaria al Señor y confortada, caminó sin descanso.

Como si Dios hubiera oído su desgarradora súplica, Genoveva no tardó en advertir que al pie de un risco y resguardada por las peñas, había la abertura de una cueva o gruta. Penetró en ella, y aunque era pequeña, servía admirablemente su necesidad.

El llanto del niño le hizo pensar en la necesidad de alimentarse.

—¡Dios mío!—oró de nuevo—. ¡Tú que todo lo puedes, Tú que eres bueno y misericordioso, dame alimento para mi hijo! ¡No permitas que se muera de hambre! ¡Tú que me acabas de dar morada, también cuidarás de mi sustento!

Y la mano de la Providencia se extendió por segunda vez sobre Genoveva.

Se oyó un ruido como de caer de hojas, y de repente se presentó una cierva delante de la cueva... Como jamás había sido perseguida por los hombres, no quedó espantada.

Se acercó a la cueva, que era morada suya ordinaria, entró sin asombro y quedó parada enfrente de Genoveva. Al principio asustóse ésta del animal, pero poco a poco fué cobran-

do ánimo y le pasó la mano por el dorso. La cierva mostróse sensible a la caricia y se echó en el suelo, sin dar muestras de sobresalto.

—¡Oh Dios!—exclamó—, ¡hasta donde llega la necesidad de una madre! Pero, mil gracias te sean dadas.

Y puso al niño a mamar de la cierva que, lejos de incomodarse, pareció de ello muy gustosa, pues estaba pletórica de leche por haberle un lobo devorado su cervatillo.

V

Un día—habían transcurrido cinco veranos y cinco inviernos—un caminante venido de lejanas tierras, se aproximaba al pueblo que reposaba al pie del imponente castillo del conde Sigfredo de Trier.

Al divisar los almenados torreones, ensanchó su pecho un inmenso suspiro.

—¡Mi tierra! ¡La tierra donde nací!

Al llegar al pueblo fijóse en algo que llamó poderosamente su atención. Las gentes se acercaban a una tumba en incesante procesión y ante ella oraban con señales de profundo respeto y veneración.

El viajero acercóse y preguntó:

—¿De quién es esta tumba que con tanto amor cuidáis?

—Ningún cuerpo yace en ella—contestáronle al punto—. La hemos construído para recordar siempre a nuestra santa señora la condesa Genoveva de Brabante, vilmente asesinada por un infame traidor.

El recién llegado dió un grito de dolor y

tuvo que sostenérsele para que no cayera a tierra.

Uno de los presentes, exclamó con emocionado acento:

—¡Conde Sigfredo... nuestro señor!... ¡Pero sois vos! ¿Pero no habéis muerto en la guerra?...

—¿Qué decís?—dijo el conde, a quien la impresión recibida le hacía estar temblando como un azogado.

—Esas nuevas trajeron los enviados por Golo. El infame se erigió en dueño de vuestros dominios y mandó asesinar a vuestra esposa y a vuestro hijo. Cinco años han pasado ya, pero nuestras constantes pesquisas para descubrir sus cadáveres, resultaron inútiles siempre.

Y los vasallos del conde pusieronle al corriente de las infamias de Golo, acusando su deslealtad y perfidias.

El conde Sigfredo lloraba de dolor y de rabia. Su carácter impulsivo le hizo montar en horrible cólera.

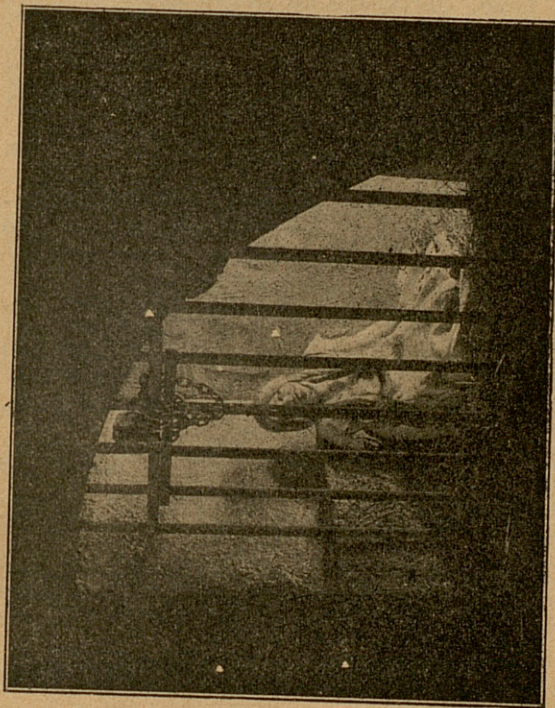
—¡Ah, el infame! ¡Miserable asesino! ¡Tiembra! Mi venganza será terrible.

Desorbitados los ojos, contraídos los músculos de su rostro, los brazos en alto, el conde Sigfredo infundía realmente pavor.

—¡Vamos al castillo! ¡Quiero pedir cuentas inmediatamente a ese malvado!

Pero uno de sus viejos vasallos le aconsejó prudencia y calma.

—No hagáis nada que pueda traicionaros, señor... Mejor es que antes os enteréis de todas las maldades de vuestro infiel intendente.



La prisión era lóbrega y fría como un sepulcro.



Nosotros os ocultaremos hasta que os llegue la hora de hacer justicia.

Golo, convertido en dueño absoluto de la hacienda de su señor, vivía en perpetua orgía, entregado a todos los vicios y depravaciones.

Las fiestas se sucedían ininterrumpidas y Golo, árbitro de vidas y haciendas, reinaba como un verdadero rey.

—¡ Viva Golo! —clamaban aduladores sus invitados.

Al terminar el festín aquella noche, presentóse un huésped inesperado, vestido de negro y denotando su semblante un grande cansancio o un agudo e íntimo dolor.

Golo, que estaba completamente ebrio, invitólo con grandes zalemas a su mesa.

—¡ Bebe tú también, taciturno desconocido!

Y reparando en sus vestiduras, añadió:

—¿ A qué vienes con ropas de luto a esta casa de la alegría y del placer?

—Vengo de una tumba vacía y busco a los muertos que debieron ocuparla.

—¡ No hables de cosas fúnebres! ¡ Los muertos no salen de sus tumbas!

El huésped, que hasta entonces había procurado recatar su persona, se puso en pie y mirando fijamente a Golo, exclamó con voz potente:

—¡ A veces sí!... ¡ Habla! ¿ Dónde está Genoveva?

Golo, que hubiera esperado la muerte más bien que al conde, quedó tan pálido y trémulo como un reo ante su juez. Sólo pudo decir:

—¡ Sigfredo!

El conde mandó prender al infiel intendente, ordenando lo cargasen de grillos y lo metieran en el mismo calabozo en que Genoveva se había consumido tanto tiempo.

Al entrar en la prisión, el malvado tuvo una horrible alucinación. Le pareció que el espectro de la condesa avanzaba hacia él acusándole de su infame crimen...

VI

Genoveva con su hijo vivió aquellos cinco años en la cueva del bosque, en compañía de la cierva, que cada día se mostraba más mansa y cariñosa.

La naturaleza, más compasiva que los hombres, les brindó abrigo donde cobijarse y bellos y sazonados frutos que les sirvieran de alimento.

Desdichado, el lindo hijo de la infeliz condesa, se había formado mucho y era una hermosa criatura que ofrecía una vitalidad perfectamente lozana.

Despertóse la inteligencia en el precioso niño, que empezó a tener conocimiento de las cosas, y a quien Genoveva comenzó a enseñar los nombres de cuanto les rodeaba, explicándole los fenómenos de la naturaleza.

Un día Genoveva se sintió enferma. Su amable e interesante rostro se había demudado, el suave y débil color de sus mejillas estaba marchito y sus ojos amorosos habían perdido su brillo, hundiéndose en las cuencas.

Temiendo por lo que pudiera suceder a su hijo, le llamó a su lado.

—Desdichado, hijo mío, si Dios me llama a

su reino, coge esta cruz y busca la morada de los hombres. El que reconozca esta joya será tu padre, el que me la dió en la primavera de nuestro amor.

El niño la miraba con ojos espantados.

—¡Madre, madre, no te mueras!

—No está en mí el que yo muera o no. Dios es nuestro dueño y El dispone de nuestra vida.

Entonces Desdichado se puso a orar, pidiendo al Señor la salud de su amada madre.

¡Y la inocente plegaria del niño llegó a la mansión del Todopoderoso!

El conde Sigfredo, abrumado por la tristeza, apenas salía de sus habitaciones, en las que permanecía como en una cárcel. En vano algunos caballeros amigos suyos procuraban alegrarle y distraerle. Ni los banquetes, ni la música, ni los torneos, ni la equitación lograban borrar la honda tristeza que le consumía.

—Necesitáis distraeros, señor—le decía humildemente uno de sus más viejos servidores. ¿Por qué no organizáis una partida de caza?

—Como quieras, amigo—respondió Sigfredo con el mayor desaliento.

A la mañana siguiente estaba preparada la expedición, que debía durar algunos días y en la que tomaban parte todos los nobles de la comarca.

Empezó la caza y el conde que en su primera juventud fué un cazador famoso, recobró de pronto a la vista de una magnífica cierva que se ofreció como espontáneamente a sus miradas sin auxilio de ojeadores ni perros, todo el ardor de sus años mozos.

Persiguió a la cierva, excitando al caballo con el látigo y la espuela, cuando advirtió con sorpresa que se ocultaba en una cueva que tenía una entrada angosta y baja.

El conde se apeó y entró a su vez en la misma.

Un momento después, acostumbrados sus ojos a la obscuridad, se detenía asombrado y atónito. En vez de la cierva tenía ante sí un ser humano. ¡Era Genoveva!

La condesa reconoció al punto a su esposo, pero era tan grande su emoción que las palabras no salían de su boca.

Al fin pudo balbucear:

—¡Sigfredo! Soy tu esposa, a quien tu malvado intendente sentenció a muerte. ¡Pero Dios sabe que soy inocente!

El conde quedó estupefacto al oír aquellas palabras: no sabía si soñaba o estaba despierto. La vista se le turbaba y mirábala con los ojos cada vez más desencajados.

Al fin recobróse de su espanto y volvió en sí, como quien despierta de un sueño. Miró de nuevo a Genoveva y al advertir a su lado al precioso niño, exclamó con frenesíes de alegría:

—¡Sí, es mi carne, mi sangre, mi viva imagen! ¡Hijo mío!

Y los tres se fundieron en estrecho abrazo.

El conde no sabía lo que le pasaba. Después del enorme contento recibido, se apoderó de su alma una congoja incontenible al contemplar a su mujer y a su hijo en aquella tristísima condición.

No quiso permanecer más tiempo allí. Y

haciendo sonar su trompeta vió acudir a su llamada a todos los caballeros y criados, que quedaron asombrados al ver a Sigfredo acompañado de una mujer y un niño mal cubiertos de pieles.

El conde, entre sollozos, les hizo reconocer a su esposa y a su hijo.

Todos quedaron mudos por la sorpresa, pero la alegría del hallazgo se tradujo en exclamaciones jubilosas.

El regreso fué triunfal.

La noticia de que había sido hallada la condesa se esparció inmediatamente por todo el condado. Y todos salieron a su encuentro, saludándola con lágrimas y aclamaciones.

Al divisar el castillo, vino a la memoria de la condesa el hombre que con su infamia fué la causa de todas sus amarguras.

—¿Viste ya a Golo? ¿Confesó sus maldades?—preguntó Genoveva al conde.

—El infame ha muerto... El mismo se hizo justicia.

El conde, deseando rendir público homenaje a la virtud de su esposa, reunió a todos sus vasallos, ante los cuales, y dirigiéndose a Genoveva, pronunció estas palabras:

—Pongo sobre tu frente la triple corona gloriosa de tus tres sublimes personalidades: Mujer... Madre... Santa...

La emoción le impidió seguir hablando.

Alzó a su hijo sobre sus brazos y lo apretó tiernamente contra su pecho.

Todos los presentes lloraban...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de EL CINE, Pelayo, 62, Barcelona.

Nuestros lectores en Madrid encontrarán todos los números publicados en el kiosco de don Manuel Fernández, situado en el Paseo de Recoletos, frente al número 14.

Números publicados:

- 1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*;
- 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (retrato de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique*, extraordinario (Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (Charles Ray); 9.º *Sin ayuda de nadie* (Betty Compson); 10. *El hombre de Río Perdido* (Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (Edmundo Lowe); 13. *El huésped de media noche* (Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (Margarita La Motte); 19. *Amor de madre*, extraordinario (Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico* (Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle*, extraordinario (Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (Roy Stewart); 29. *No hay juego sin trampa* (Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (Frank Mayo); 32. *Una dama de calidad* (Baby Peggy); 33. *Resurrección* (Jane Mercer); 34. *El trapero de París* (Jack Hoxie); 35. *Curro Vargas* (Williams Desmond); 37. *Luchar y vencer*, primera parte (Pearl White); 38. *Luchar y vencer*, segunda parte (Tom Mix); 39. *El policía rural* (Alma Rabens); 40. *El Niño Rey* (Luciano Albertini).

Números ordinarios: 25 céntimos. — Extraordinarios: 50 céntimos. — La colección completa, 10 ptas.

La Pelicula Selecta

LA PELICULA SELECTA, igual que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una gran fotografía directa, con marco, de uno de los más populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el regalo al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de LA PELICULA SELECTA excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En el número próximo, que aparecerá el sábado, día 14 de febrero, se publicará la adaptación novelesca de la grandiosa película

EL CRUZADO

de la que es protagonista el genial actor cinematográfico WILLIAM RUSSELL

Postal de Vera Reynolds

3

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES EL CINE
Pelayo, 62-Telef. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14